

tiana en todos los países del imperio. Mandaba entonces Cubosama, como regente, durante la menor edad del sucesor del imperio, á quien poco despues se lo usurpó. Cubosama se contentaba al principio con desterrar á los principales señores y ministros de la Corte que no querian abjurar el Cristianismo. Pero muchos de los pequeños soberanos del Japon, que pasaban de setenta, y dependian mucho del Emperador, derramaron en su obsequio gran copia de sangre cristiana. Por un nuevo edicto se mandó prender á todos los presbíteros y religiosos, con terribles penas contra quien dejase de descubrir á alguno de quien tuviese noticia: un corsario holandés detuvo en las costas de Firando al barco de un cristiano japon, en que habia dos religiosos españoles, Pedro de Zúñiga, agustino, y Luis Florez, dominico. El hereje para congraciarse con el Emperador denunció á los dos misioneros; y desde luego fueron presos cuantos venian en el barco; y justificado el estado de los misioneros, estos y el capitan del barco fueron quemados vivos, y los demás, que eran doce, degollados. Los muchos misioneros dominicos, franciscanos y jesuitas, que allí murieron, eran casi todos españoles y portugueses.

De Filipinas pasaron varios misioneros españoles á las islas inmediatas á predicar en el continente de Asia y especialmente en el Tong-King. Allí fueron martirizados los venerables PP. Mateo Alonso Leciniana (1745) y Jacinto Castañeda (1773), ambos dominicos españoles, que habian predicado allí con mucho fruto. En nuestros dias han sellado con su sangre sus apostólicas tareas, en aquel mismo país, los PP. Fr. Clemente Ignacio Delgado, natural de Villafeliche, provincia de Zaragoza, y Fr. Domingo Henares, de Baena, ambos obispos y dominicos españoles: fueron decapitados en 1838, y el papa Gregorio XVI admitió las informaciones para proceder á su beatificación.

Fue muy cruel la persecucion durante el siglo pasado en el reino de Fo-chien, de que cuidaban particularmente los Dominicos españoles enviados de Filipinas. Era vicario apostólico D. Fr. Pedro Sans, obispo Mauricastrense, natural de la Seo de Urgel en Cataluña, y estaban con él los PP. Joaquin Royo, Juan Alcober, Francisco Diaz, y D. Francisco Serrano, obispo Tispatitano, cuando en junio de 1746 destinó el Virey cien soldados y unos mandarines para buscarlos y prenderlos. Fueron encarcelados muchísimos fieles de ambos sexos, y

castigados con dolorosos tormentos, como el de quemar á las mujeres los dedos, y á los hombres los tobillos, para que descubriesen dónde estaban los misioneros. Entre tanto padecian estos grandísimos trabajos, procurando esconderse; pero todos fueron presos sucesivamente, presentados á varios tribunales y condenados á muerte en diciembre de 1746. En la misma sentencia fue comprendido un chino, y otros desterrados á Tartaria, ó condenados á azotes, por haber tenido en sus casas, ó servido en algo, á los misioneros.

Al venerable Sans se le cortó la cabeza (1747); y los cuatro compañeros fueron ahogados en octubre del año siguiente, cuando ya contaban dos años de cárcel.

Otras misiones célebres en el siglo XVII fueron las que hicieron los Capuchinos españoles en África, bajo la direccion del célebre lego Fr. Francisco de Pamplona, sujeto de raras aventuras y portentosa vida<sup>1</sup>. Los portugueses habian entablado misiones en el Congo, por medio de religiosos franciscanos (1485). Habian corrido estas por varias manos, sufriendo no pocas vicisitudes: clamaban los cristianos de aquellos países por misioneros, mas no era fácil remitirlos, tanto por las continuas guerras, como por los grandes gastos que exigian, y finalmente por el levantamiento de Portugal, que sobrevino á tiempo que ya estaba para salir la mision. Venció los obstáculos que se oponian á ella el carácter impetuoso y enérgico de Fr. Francisco de Pamplona, y salió para aquel país el año 1645: la mision se componia de cinco capuchinos italianos y siete españoles. Reforzóse esta dos años despues con otros doce capuchinos, que cogieron gran fruto en aquellos países. Extendieron sus misiones á los reinos de Angola, Benin, Guinea y Sierra Leona, con menos resultados: oponíanse á estos, además de la rudeza y barbarie de la gente del país, los holandeses, á fuer de herejes, y los portugueses por desconfianza de los Capuchinos españoles, á quienes creian emisarios de Felipe IV para sublevar el país contra los gobernadores portugueses de sus colonias y factorías. Otra mision hicieron los Capuchinos de Castilla á las tierras del Darien, costeándola Felipe IV, y

<sup>1</sup> Véase el lib. III de la *Vida y virtudes del Capuchino español el venerable siervo de Dios Fr. Francisco de Pamplona*, llamado en el siglo D. Tiburcio de Redin, caballero de Santiago, etc. (Madrid, 1704), y el § CCCLXI en este capítulo.

activando sus aprestos el mismo Fr. Francisco de Pamplona; pero el éxito no correspondió á las esperanzas. Los Capuchinos españoles han continuado hasta el presente siglo desempeñando muchas misiones con gran celo y mucho éxito. Á trueque de seguir llevando su duro sayal, que horripila á la libertad española, han ido á derramar su sangre y el sudor de su frente á varias misiones de América con mucho fruto, y mas especialmente á las de Mesopotamia, en donde han conseguido arraigar la fe de Jesucristo, sucumbiendo muchos de aquellos pobres españoles antes de conseguirlo.

El fervor que san Francisco desplegó para la conversion de los infieles de Jerusalem y conservacion de aquellos Santos Lugares hicieron que varios religiosos de su instituto, en especial españoles, se dedicasen á sostener el culto cristiano en aquellos países en medio de mil vejaciones, con riesgo continuo é inminente de su vida. Tenian que luchar además con los cismáticos, abundantes en dinero y en intrigas. En España se les favoreció por medio de las mandas que se hacian en los testamentos para aquella mision, y por medio de limosnas, donativos y privilegios que los Reyes les concedieron. Carlos III puso aquella Obra pia bajo su patronato (1772), y dió reglas para el nombramiento de Comisario y la distribucion de los caudales que se recolectaban.

Entre las fundaciones religiosas de grande importancia, que por entonces ennoblecieron á nuestra patria, fueron los Colegios de ingleses é irlandeses, á fin de educar jóvenes de aquellos países, que luego regresaran allá en clase de misioneros. Los Jesuitas habian concebido esta feliz idea y llevádola á cabo en Flandes con muy buen éxito. Felipe II, tan celoso por la propagacion del Catolicismo y para contrarestar á la herejía en aquellas islas, no podía menos de secundar aquel pensamiento. Al efecto apoyó á la ciudad de Valladolid, donde se planteó un Colegio para ingleses (1589). Á su imitacion se fundó otro en Sevilla (1593): Felipe III escribió al P. Quirós, provincial de Andalucía (1619), que convendria se encargase la Compañía de Jesús de aquel Colegio<sup>1</sup>, como lo hizo. Por el mismo tiempo que el de Sevilla, se planteó otro Colegio en Salamanca (1592), para irlandeses, bajo la advocacion de san Patricio, patron de su país. Favoreció tambien su fundacion Felipe II, y encargó mu-

<sup>1</sup> Zúñiga: *Anales de Sevilla*, pág. 631.

cho á la Universidad les protegiera en cuanto pudiese. Púsose aquel Colegio bajo la direccion de los Jesuitas, que construyeron para ellos magnífica vivienda en tiempo de Felipe III y con los socorros que les dió con gran liberalidad la piadosa reina doña Margarita<sup>1</sup>. Mas adelante una señora piadosa de Madrid fundó otro colegio para irlandeses en Alcalá de Henares (1650) construyendo un lindo edificio y dotándolo para sostener veinte teólogos. Este colegio existió hasta principios de este siglo, y sus alumnos concurrían á la Universidad.

<sup>1</sup> Habiéndose arruinado malamente la parte del grandioso edificio de la Compañía en Salamanca, que aun hoy en día lleva el nombre de Irlanda, se ha reinstalado el Colegio en el edificio que fue Colegio mayor del Arzobispo.